

Viajar desde el Japón hasta la Patagonia parece –a pesar de que la humanidad haya arribado al interconectado siglo XXI– una tarea heroica y extravagante. Sin embargo hasta acá viene gente de todas partes del mundo. Después de que el mismísimo Charles Darwin pasara en el *Beagle* en 1834 y dijera que «en medio de estas soledades, sin que exista cerca ningún objeto atrayente, se experimenta una indefinida pero poderosa sensación de placer», nació el mito de estos paisajes patagónicos intemporales y solitarios donde la libertad se abandona a su gusto y todo está hecho para ser contemplado, y también imaginado. Pero mucho antes del paso de Darwin había nacido otro mito: el de una ciudad esplendorosa, metida en alguno de los valles patagónicos, llamada Trapalanda. Suerte de Eldorado, pero versión austral, ciudad imaginaria repleta de riquezas que no pudieron descubrir ni Alonso Pizarro ni Orellana.

La carretera era un desastre. Decían que después del invierno tormentoso del año pasado había quedado así, llena de baches y desvíos. Mi asiento saltaba como un resorte con cada piedra del camino y faltaban cinco horas hasta nuestro destino, El Calafate, en medio de un paisaje idéntico: algunas ovejas, algunos choiques, algunos gavilanes que poblaban una horizontalidad ocre infinita. Al estar en la Patagonia es imposible pensar en la redondez de la tierra. El mundo es una línea que se expande hacia lo ilimitado, y la medida territorial parece bidimensional, no volumétrica. En la Patagonia la tierra parece plana. Todo es plano. El cielo está inmóvil y la tierra no parece girar: avanza. Hasta las montañas, con sus cortes basálticos en forma de mesetas son planas. La vegetación es plana. El viento es plano pues a su paso todo lo horizontaliza. El cielo es plano en la Patagonia por sus nubes rasgadas y longitudinales.

Veo interminables alambradas a lo largo de la carretera. Sorprende pensar que esta tierra de la nada tenga dueños. Desde el autobús sólo se perciben el pastizal infinito y los alambres veloces que nunca acaban. Muchos extranjeros han comprado tierras en estas regiones. Las reservas de agua dulce son un buen motivo para ello. Sting, el príncipe Charles y muchos millonarios norteamericanos poseen grandes extensiones de territorio. Pero los primeros dueños de todo esto surgieron a finales del siglo XIX, cuando Julio Argentino Roca, después de la llamada Conquista del Desierto, promulgó la Ley de la Alambrada, que invitó a los más atrevidos a venir a estas soledades, tirar todo el alambre que trajeran y donde acabara el alambre limitaban sus tierras. Los grandes latifundios patagónicos nacieron con esta ley extravagante, que parece inspirada en los ladrones de ganado y los cuatros de Bonanza.

2. Llegamos a El Calafate con la sensación de haber viajado un día entero. Y en efecto: nos habíamos despertado a las cuatro de la mañana para

tomar el avión de las seis, arribamos a Río Gallegos a las nueve y media, cogimos el autobús a las 11 y llegamos a El Calafate a las cuatro de la tarde. Sin embargo, El Calafate no sería nuestro verdadero destino. Todavía faltaba la meta principal: el imponente glaciar Perito Moreno. Pero esto vendría al día siguiente. Mochilas al hombro, iniciamos una caminata por el pueblo y fuimos en busca de la posada que habíamos reservado desde Buenos Aires.

El pueblo es pequeño y estaba repleto de gente. Por sus calles se podían escuchar varios idiomas. Identifiqué alemanes, franceses, italianos, ingleses, japoneses, australianos (por las banderitas que lucían en sus gorros), y también mexicanos y colombianos. La devaluación del peso argentino ha permitido un turismo barato para cualquier extranjero. Pero también para los argentinos con plata que estaban acostumbrados a viajar a Europa, y que ahora deben limitar su *tour* de verano a las geografías nacionales.

El Calafate es un pueblito totalmente turístico con restaurantes, hosterías y pequeños *shoppings* que pretenden ser cabañas campestres como las del Bosque de Arrayanes de Blanca Nieves, con la diferencia de que en vez de la inmaculada muchacha y los libidinosos enanitos, acá se ven muchos turistas que entran y salen de las tiendas con camisetas de recuerdo, o también los que están sentados a la mesa de costosos restaurantes dispuestos a comer la especialidad de la zona: cordero patagónico. Es decir, cordero a la brasa.

Los pueblos turísticos son pueblos históricos: siempre seducen pero nunca se entregan. Sus habitantes tienen claro su trabajo: sonreír al visitante que compra. Suelen tener dos caras. Una, la más visible, es la de las casitas tipo Bosque de Arrayanes y las sonrisas prolijas. La otra, misteriosa, es la de la vida normal de sus habitantes, que siempre ignoramos. Por eso, al visitar un pueblo turístico sólo quedan postales y fotografías, pero no recuerdos. No son pueblos donde *sucedan* cosas, sino donde se *venden* cosas. Además sus habitantes suelen tener una relación compleja con el turista: al darle de comer lo aman, al depender de él lo odian. Pero de ese odio los turistas nunca nos enteramos. Pasamos de largo, también sonrientes, repartiendo propinas. A veces nos detenemos a hablar con un poblador para conocer sus costumbres o escuchar su acento. Pero cuántas veces nos hemos decepcionado al encontrarnos con personas provenientes de otras ciudades que han venido a montar su negocio y hacer plata. Esto no tiene nada de malo ni es criticable, pero el turista –y este es uno de sus más pueriles anhelos– quiere entrar en contacto con lo *otro*, conocer otras tradiciones, ser pionero y vivir, así sea por unos días, lo que vivieron Pigafetta o Magallanes. Y es que el turismo ya no es lo que era antes. Incluso ahora el

turista no quiere ser turista sino *viajero*. La palabra «turista» parece incomodar y nadie quiere llamarse así. Por eso la industria pretende que el turista se sienta como un expedicionario, como un aventurero. El turista muere de este anzuelo, pues su vanidad es muy sensible, y siempre preferirá los lugares inexplorados, o en todo caso la ilusión de los lugares inexplorados. Y es que ya no es confort lo más importante. O en todo caso, ambas cosas: aventura y confort, la combinación perfecta. Una combinación para la que hace falta un buen manojito de billetes verdes. Sin embargo mi presupuesto respondía a otras características.

Nos alojamos en la posada *Aonikenk*, nombre de la lengua de los indios tehuelches aniquilados hace más de cien años. Era una casita con techo de dos aguas, habitaciones sin cortinas, cocina y baño compartidos. Cuando llegamos no había nadie pero la puerta estaba abierta (quedará siempre abierta). Sobre la mesa del comedor había una nota que nos daba la bienvenida, nos indicaba cuál era nuestra habitación y concluía con un «nos vemos esta noche». La caligrafía algo descuidada, el tono informal del mensaje y lo confianzudo de la nota nos anunciaba dos cosas: 1, íbamos a tener una estadía relajada, y 2, la dueña del negocio estaba algo chiflada. Ambas suposiciones terminaron siendo ciertas. Dejamos las mochilas, descansamos un poco y salimos a caminar y aprovechar lo que quedaba del día.

El Calafate, a orillas del lago Argentino, fue fundado en 1913 por un tal José Pantín, inmigrante gallego que arribó a estas tierras y se hizo cargo de un bar, un almacén de ramos generales y hospedaje, inaugurando así una posta en el camino hacia la cordillera de los Andes patagónicos. Los antiguos pobladores, los indios tehuelches y sus antepasados, apenas han dejado rastros de su paso: algunas descascaradas pinturas rupestres en una cueva cerca del pueblo y los nombres de hoteles y restaurantes: Kau Yatun, Kapenke, Aonikenk. Hoy en día los pobladores son todos blancos y nadie sospecharía que hace muchos años estos territorios pertenecían a los indígenas. Entre 1880 y 1885 la mal llamada «Conquista del Desierto» del general Julio Argentino Roca acabó con todos los tehuelches y su cultura. Y digo mal llamada pues no era un desierto, sino un territorio habitado ancestralmente por los indios. Baste un extracto de una carta de Roca dirigida a Adolfo Alsina en 1880, donde formulaba su plan infalible:

«A mi juicio el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro, es el de la fuerza ofensiva, que es el mismo seguido por Rosas, que casi concluyó con ellos...».